

NOTAS

ESTRUCTURA Y TEMA RETORICOS EN EL "SERMON DE
NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN" DE JUAN
DE ESPINOSA MEDRANO

Charles B. Moore
North Carolina State University

En su análisis de la historia literaria hispánica, Dámaso Alonso sostiene que el estado olvidado de la oratoria sagrada no desmiente su importancia y que con la comedia es el más importante de todos los géneros de su tiempo (974). Su capacidad de captar al público con poder penetrante, declamaciones, gestos y teatralidad (López Santos 353) es semejante a la del teatro de Calderón o a la de las obras de Quevedo, Góngora y Ledesma (Vargas Ugarte 21). Tanto Góngora como Lope reseñaron o criticaron la obra de muchos predicadores del Siglo de Oro español, uno de los cuales fue el Padre Hortensio Félix Paravicino, quien introdujo el nuevo gusto barroco a la oratoria sagrada (Alonso 977). Este estilo, con todas sus extravagancias apasionadas y cultismos elevados, puso el género en crisis y dio mayor énfasis a la forma que al fondo (Alonso 977, Herrero García LVIII).

En el Perú colonial, Juan de Espinosa Medrano (1629-1688) moldea su estilo según Paravicino, cuya relación "estrecha" y "notoria" con Góngora lo

lleva a adoptar el gongorismo en la oratoria sagrada (Labertit 454). En cuanto a los oyentes de Espinosa Medrano, Vargas Llosa comenta que las multitudes que asistían a sus sermones probablemente no entendían mucho de lo que decía (citado en Centeno Zela 86). Sus sermones, como se ha dicho, parecen dirigidos a un público reducido de académicos y eclesiásticos; sin embargo, sus imágenes controvertidas de la Antigüedad, sus palabras lujosas y musicales, y su autoridad en el manejo de los poetas griegos y de la filología romana encantaban a todo el público (86).

La crítica del Siglo XX sobre la oratoria sagrada barroca ha notado que contiene un marcado retorno a los conceptos aristotélicos, principalmente de la *Retórica* (Osario Romero 82). Tal fenómeno ocurre debido a una tendencia a conmover y persuadir más que a enseñar (82). Maravall explica que dicha vuelta es un fenómeno fundamental del desarrollo europeo de la época (424). Martí sostiene que los oradores sagrados “simplemente bañan la retórica de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano en el Río Jordán” para formar su oratoria (265-66), mientras que otros como Herrero García apuntan que los clásicos y su estructura del exordio, proposición, división confirmación y peroración se abandonan por una originalidad barroca (IX). Es el propósito de este trabajo estudiar la estructura y temas que Espinosa Medrano emplea en su “Sermón de Nuestra Señora del Carmen” celebrado en 1677 en el Monasterio de las Descalzas en el Cuzco, Perú, ante un público de monjas carmelitas. En este estudio argumentaremos que Espinosa Medrano depende fuertemente de una estructura retórica clásica para formar su discurso y, además, lo adorna con temas también recomendados por los maestros de la retórica en la Antigüedad.

El proemio, según Cicerón, se incluye antes de tratar de un asunto y para captar la benevolencia del público (219). Aquí en el sermón de Espinosa Medrano, esta lleno de alusiones a la mitología y a las prácticas paganas. “El Lunarejo” recuerda que, “la deidad, o numen que idolatraba Roma con nombre de Vesta, no era sino el fuego” (161). Cita entonces un edicto pagano que ordenaba adorar a Vesta, “*Ignis in Altari semper ardebit [...] Quem nutriet Sacerdos [...] Ignis est iste perpetus, etcétera*”. (161) En la segunda mitad del exordio, sin embargo, Espinosa Medrano descarta a Vesta cuando ordena en español: “Ninguna de aquellas grandezas envidiaremos a Roma; que María es la mística y sacrosanta Vesta de nuestra religión” (161) y después en latín repite, “*Laudem Vestae non in concinne Mariae Virgini attribui*” (162). Emplea los mismos temas de “fuego” y “vírgenes” que menciona para la Roma pagana, pero ahora en el sentido cristiano de las monjas y la eucaristía. Por

ende, sorprende a los oyentes primero al alabar aparentemente a una diosa pagana, Vesta, pero luego al negarla por una cristiana, María, con lo cual capta su benevolencia.

En cuanto a la narración, Cicerón escribe que debe defender el caso que es materia del discurso (219), mientras que Quintiliano explica la importancia de hacerla con claridad, brevedad y sinceridad (307). Estas funciones están presentes cuando Espinosa Medrano declara al principio de su narración:

Infeliz animal es el hombre, (Augustísima y Divina Majestad Sacramentada). Infeliz animal es el hombre; nace con las lágrimas, vive a los combates, anhela por los descansos y encuentra los afanes. (162)

Continúa explicando que el hombre es infeliz por su incapacidad de comprender solamente “el Verbo” de Dios, porque “*In principio erat Verbum, et Verbum erat epud Deum*” (163). Dios, por ende, tuvo que convertir el “*Verbum*” en “*carne*” (María) que a su vez alimentó el Verbo al Hombre (Cristo) en “leche para la humana niñez” (163). Espinosa Medrano declara entonces: “*Et Verbum caro factum est*” (163), y en el mismo sentido de maternidad explica que María fundó la Orden Carmelita: “Y en esta misma fecundidad virgínea fundó María el ser Madre especialísima y con singularidad (que no goza todo el resto de la militante Iglesia) de esta antiquísima, de esta santa de esta ínclita Familia del Carmelo” (164).

Después de declarar el propósito de su sermón con esta alabanza de María en la narración (tanto por intermediaria entre el Verbo Divino y el entendimiento humano como por fundadora de las Carmelitas), Espinosa Medrano ahora puede pasar a las pruebas de su oración. Señala este paso cuando dice al final de su narración:

Es llano en las sagradas letras, que el cabello que nace de la cabeza significa los pensamientos del hombre; y es verdad porque hay muchos, que tienen todos los pensamientos en su cabello. Averigüemos ya los de María para esta maternidad, que voy a explicaros. (165)

La frase clave es “Averigüemos ya los de María para esta Maternidad, que voy a explicaros”. Aquí se define la controversia (Cicerón 219) que discutirá como una explicación del mérito (o “pensamientos”) de María para ser Madre de Cristo. Es también interesante notar aquí que Espinosa Medrano utiliza un entimema para introducir su intención de comprobar. Contiene una premisa (hay muchos pensamientos) y una conclusión (los pelos en la cabeza

del hombre significan sus pensamientos). Espinosa Medrano da por sentada la premisa secundaria de que hay también muchos pelos y, ya que tanto los pensamientos como los pelos se producen en la misma parte del cuerpo, la cabeza, debe haber una relación entre los dos. Al respecto, Aristóteles escribe en su *Retórica*:

Si ciertas proposiciones son verdaderas y si demostramos que otra proposición distinta también debe ser invariablemente verdadera como consecuencia, creamos un silogismo en dialéctica, o un entimema en retórica [...] Una declaración es persuasiva y creíble o porque es autoevidente o porque es comprobada por otras declaraciones que lo son. (154).

Ahora empiezan realmente las pruebas de Espinosa Medrano o, según Cicerón, el establecimiento de “nuestras alegaciones” (219). Aristóteles también pide que tales pruebas apoyen la proposición principal (156). En esta instancia, Espinosa Medrano emplea la alegoría secular, o fábula, para comprobar y apoyar el culto de María. Aristóteles concuerda con tal técnica en su *Retórica* cuando escribe: “Las fábulas son convenientes para ponencias o asambleas populares; y tienen una ventaja: son comparativamente fáciles de inventar, mientras tanto, es difícil de encontrar paralelos de los sucesos pasados reales” (182). Espinosa Medrano cuenta primero que Elías reza porque se produzca la lluvia en un Israel reseco y cómo de repente aparece una nuebecita “*Quasi vestigium hominis*”. (166) Tal pequeñez (nube) que puede producir grandeza (lluvia) es lo que primero atrajo a Dios a María, según Espinosa Medrano. Así dice: “Humildades son de María, que enamoraron al mismo Dios, aquella huella despreciada, se arrebató las atenciones del Altísimo” (166). Entonces, en la segunda alegoría, la humildad de María se compara con la huella de Ródope, que, perdido de niño, es rescatado por un rey e instalado como su esposa real.

En su sermón epidíctico de este tipo, Aristóteles recomienda en su *Retórica* que el argumento se entretaja con otra alabanza o elogio (Cooper 235). Espinosa Medrano, por consiguiente, emplea cuatro largas digresiones en este momento para centrarse en el *ethos* de María. En la primera exalta su virginidad, libre de culpas y amargura:

...había de nacer del pueblo judaico, santa una niña purísima y sin los acfbares de la culpa, sin las amarguras de sus ondas, abrazaría una perpetua virginidad. (166).

Después, ella se ofrece para difundir el Verbo de Dios:

No desdeñó María este séquito; fue alistada en su gremio. Y al ascender desde Nazareth a aquel Monte varias veces decía a su Sacratísimo Hijo: Iré Señor, iré a anunciar vuestro Santo Nombre a mis hermanos, a los Hijos del gran padre Elías. (167).

Entonces, como su gloria más importante, funda al Orden Carmelita y se convierte en la Madre de Dios, su propio creador:

Ese es el blasón más augusto a María, que como el Altísimo la elevó a las eminencias de Madre del mismo Dios, tiene por gracia el hacerse Madre de quien es hija, crió a sus pechos a quien con sus manos la crió: que como llegó a parir a su mismo Hacedor, también vino a procrear a la Orden del Carmelo, haciéndose progenitora de su Madre, origen de su principio, oriente de su oriente. (168).

Una digresión final trata del mérito físico de su seno y vientre para parir a Cristo:

Pero, ¿cómo le suprime esas glorias nuestro Evangelio: *Beatus venter qui te portavit?* Qué en este sólo le aclaman a Cristo de Bienaventurados el vientre y pechos a que debió su nacimiento, y nutrición. No tal, que aunque en el sentido liberal se dirigen esos elogios al hijo natural, que es el Verbo Encarnado, pero en el místico y moral a la Orden del Carmelo aplauden y solemnizan, que como María le concibió en la ternura espiritual de sus entrañas y la crió al cariño perpetuo de sus pechos, como dice Gregorio Decimotercio: *Cum Beata Virgo visceribus suis illum spiritualiter genuerit, et ad sua ubera lactaverit.* (168).

Después de estas digresiones sobre el *ethos* de María, Espinosa Medrano vuelve de nuevo a la alegoría por tercera vez, aquí, de un Júpiter sin madre que es rescatado y mamado por la ninfa, Amaltea. Luego, como premio, Júpiter la pone como estrella en los cielos y, ya que el mismo premio se debe a María al parir y mamar a Cristo, sus senos y vientre ahora aparecen como tres estrellas en el escudo carmelita. Espinosa Medrano explica: “Los dos a los lados corresponden a los dos pechos; la baja, al vientre divinísimo de MARIA...” (169).

Por lo tanto, para resumir la estructura retórica de la primera parte, vemos un exordio claramente marcado que capta el interés y benevolencia del público. Después incorpora una narración que cuenta a los oyentes que María es digna de alabanza, y añade una serie de pruebas que explica la causa a través de varias digresiones y alegorías cristianas y paganas.

La segunda parte repite la dualidad de la narración-prueba, pero ahora se enfoca principalmente en el *ethos* de María y la adoración debida a su seno. De nuevo la narración suministra el trasfondo, pero en una forma distinta. Primero, Espinosa Medrano explica qué es el Monte Carmelo:

Est inter Iudaeam, Syriamque Carmelus, ita vocant montem. Deumque. Deidad es el Carmelo, dice (Tácito), pero sin simulacro, sin templo. Ignoraba el gentil estos misterios; pensaba que se debía al monte el culto; buscábale simulacro, era deidad sin templo: Neque simulachrum Deo, neque Templum. Sonando en su mismo nombre Carmel, que es Cordero desagrado Carmel; idest Agnus circuncisus. ¿Qué más templo? (170)

Entonces recuenta el sacrificio israelí de un cordero para salvarse de los filisteos:

Temían con horror los israelitas en Masphat la venida de un poderoso ejército de filisteos. Samuel compadecido cogió un cordero de leche, o mamando, como dice el Sagrado Oráculo, y ofreciólo en holocausto al Señor. *Tilit autem Samuel Agnum lactentem, et obtulit in holocaustum.* Oyóle su Majestad y con terremotos, tempestades y toda artillería celeste desbarató al enemigo con estrago: (170-71).

Pero “El Lunarejo” sabe muy bien que necesita escoger rápidamente entre estas narraciones desconectadas (el Monte Carmelo y el cordero sacrificado) y unir lo que escoge con su llamada anterior a adorar el seno de María. Expresa abiertamente esta preocupación cuando al seleccionar el cordero explica: “Y habiendo de expresar conexión con los pechos de la madre, ha de ser cordero; aunque en representación de otros misterios parezca becerrito y aun cabritillo” (171).

Según Espinosa Medrano la mejor manera de comprobar el honor y gloria debidos a María es, primero comparar a Cristo con un cordero mamaro:

¡Oh dignidad soberana de los pechos de tanta madre! *Agnus enim lac sugit genua flectando.* Hince primero las rodillas en tierra y luego mama. ¡Oh! Pues no sea forma explica mejor las honras, las veneraciones, los respetos con que exalta los pechos de María afortunados: *Lac sugit genua flectando.* Dobra con filial sumisión las rodillas y en sagradas adoraciones bese las puntas de rubí en que nevadamente remata el alabastro de sus pechos, que eso exclama el esposo: *Quam pulchrae sunt mammae tuae.* (171)

Es interesante notar la extrema sensualidad con que habla aquí de Cristo, quien bese “las puntas de rubí” en los senos de María.

La Orden Carmelita también participa en esta acción mamadora “del néctar de esas dulzuras” (172), porque ella tiene un lugar privilegiado con María que ninguna otra orden disfruta. Espinosa Medrano dice:

Pero el privilegiado de la bula, que llamaís sabatina, por el sábado en que María desciende a despejar el Purgatorio, es una regalía, es una prerrogativa tan peculiar y propia de las Carmelitas, que ninguno que no vista su escapulario puede gozarla. (172)

Después en latín agrega:

Hunc peculiarissimum favorem intuitu Religionis illius originem ducentis ab illo Propheta qui in vertice Carmeli septima vice Sabbati representativa ipsius memoriam in Nebecula Maris adoravit. (173)

Esta sección es claramente una tentativa de espinosa Medrano de fortalecer el *ethos* de su audiencia carmelita. Cicerón explica que tal benevolencia puede ser ganada al mencionar “el mérito de un hombre, sus realizaciones o su vida reputable” (240). Por ende, Espinosa Medrano hace hincapié en la fe permanente de la Orden en María como su realización principal y la causa por la cual recibe tratamiento especial de Dios. Continúa:

Favores tan propios de esta religiosa familia, que nadie se los merece, favores vinculados al Carmelo, favores peculiares, solos, únicos, incomunicables a todo el resto de la militante iglesia. (173)

Su énfasis en “nadie”, “solos”, “peculiar”, “únicos” e “incomunicables” tocan el antiguo tópico de *intellectum tibi dabo* (Perelmuter) u “ofrezco cosas nunca antes dichas” (Curtius 131) como medio de acercarse más a sus oyentes.

El reconoce indirectamente esta digresión hacia el *ethos* de las monjas cuando dice: “Aquellos cabritillos que dejamos, me están todavía retozando” (173). Afirma en este momento que los senos de María son como dos corderos gemelos que pacen entre lirios. Pero antes de incorporar un cuento de Hércules para explicar su hipótesis, demuestra un sorprendente alarde del *docere* cuando afirma: “No es fácil el texto; que siempre pica la dificultad literal...” (173). O sea, reconoce la dificultad de su aproximación hermenéutica para las “clases más bajas” (Bizzell 384) y ofrece una clarificación al explicar:

Porque los pechos no pacen: antes apacienta [...] no chupan: antes amamantan [...] Que apellide azucenas lo que es leche, no me hace novedad:

que es leche virginal, y esos blancos lilios, símbolos fueron siempre de la virginidad intacta. (173)

La *Rhetórica ad Herennium* recomienda la alegoría como medio de clarificar al decir: “Una alegoría se introduce en forma de argumento cuando una similitud se hace de una persona o lugar u objeto para magnificar o minimizar” (278). De esta manera Espinosa Medrano afirma:

Bien que la erudición fingió que Hércules cuando infante chupaba divinidad en la leche de la diosa Juno, y al rebatir ella enfadada los labios del muchacho, se le derramó mucha por el cielo dejó blanqueando los astros de la Vía Láctea: Desperdiciáronse también algunas gotas que cayeron a la tierra de que dicen nacieron las azucenas, que al fin, como de semilla de leche celestial, brotaron blancas y trascienden fragantes. (173)

De esta manera, Hércules, como Ródope, Elías y Júpiter, sirve para magnificar el *ethos* de María y su pecho divino.

Pero Espinosa Medrano no termina aquí con su argumento. Continúa diciendo que en realidad los pechos y los cabritos son iguales, primero con modestia afectada: “Los pechos pues de la Esposa, no sé como sean los mismos cabritos, que pacen jazmines” (174); después al preguntar retóricamente, “¿Cómo puede ser?” (174). Luego declara que él explicará la prueba: “Yo lo diré” (174). Entonces, contesta al resumir lo que ya dijo acerca del lugar privilegiado de las carmelitas.

Es lo que decíamos ese cabrío racional (como dijo Ruperto) es el rebaño carmelítico [...] es tan sólo suyo, que los pechos que le destilan parecen los mismos cabritos, que le maman. *Gratia vero Bullae Sabbatinae propria est illius, et non aliis communis.* (174)

El cordero mamador (las carmelitas) y el seno lactante de María reservado sólo para ellas, se convierten en uno, indistinguibles el uno del otro. Así, el predicador se centra otra vez en el *ethos* de sus oyentes, tal como recomendaba Aristóteles cuando dice que al aumentar la alabanza el orador “debe aclarar si el hombre es el único, o el primero, en hacer la hazaña, o si él la ha hecho casi sólo, o más que los demás; porque todas estas cosas son notables” (citado en Cooper 53). Y según Espinosa Medrano, las carmelitas claramente son, otra vez, “las únicas” que reciben esta bendición.

Pero al mismo tiempo que la concentración de Espinosa Medrano en el *ethos* de su público es obvia, su propio *ethos* se distingue muy sutilmente a

través del sermón. Los clásicos ofrecen varias reflexiones interesantes sobre este tema. Por ejemplo, Aristóteles dice: "...estamos persuadidos cuando pensamos que el expositor es un hombre de cierto carácter, o sea, cuando parece ser bueno, o bien dispuesto, o ambos" (citado en Cooper 435). Cicerón explica después: "Ahora bien, la benevolencia se capta por el mérito, las realizaciones, o la vida reputable de un hombre..." (240), y Quintiliano declara: "En mi opinión ningún hombre puede volverse un orador cabalmente realizado, a menos que obtenga conocimientos de todas las materias de importancia, y de todas las artes liberales" (333). Aunque Espinosa Medrano nunca afirma abiertamente que tiene estos atributos, su forma de predicación lo hace por él.

Por ejemplo, su uso constante del latín para apoyar su ya culto español, sus citas entrelazadas de los Padres de la Iglesia y la Biblia, y su frecuente incorporación de alegorías, tanto famosas como obscuras, de fuentes cristianas y paganas, llaman la atención sobre su estudio y preparación previos y su autoridad para predicar sobre cualquier tema. Miremos unos cuantos nombres que cita para averiguar este conocimiento: Calígula, Gislerio, Alexandre. Armacano, Ubaldense, Martino Italo, Chitobeo y Juan Hierosolomitano. Como Vargas Llosa comenta, pocos entre el público podían saber quiénes eran estos personajes del pasado sean las "terceras personas" de Aristóteles (citado en Cooper 237) que pueden fingir modestia (Cicerón 240) en nombre de Espinosa Medrano y evitar que él salga "abusivo o mal educado" al jactarse de su propia erudición (citado en Cooper 237).

Justo antes de la conclusión, Espinosa Medrano incluye una refutación muy interesante basada en Calígula. De éste, recuerda de sus estudios de historia lo siguiente:

¿Así no fue Calígula? Escribe Dion Casio, que era tan cruel, de inhumanidad tan atroz, que tal vez lamía la cuchilla que de segar gargantas teñía ondeando sangre el verdugo, regalaba su ferocidad saboreando en el acero que enrojecía el degüello. Y es el caso que en su infancia, el ama, que era una bárbara, por destetarlo a prisa y causarle hastío de la leche, se untaba de sangre los pezones de los pechos, mamaba así el rapaz intrépido, sin asquear el almagre y como con la leche tragaba lo sangriento, fuelo tanto, que temblaba roma de sus estragos, heredó de los pechos del ama la voracidad de sangre humana. (175)

Pero ya que Calígula recibió su carácter sangriento de la sangre que su nodriza se puso en el seno para alejarlo, Espinosa Medrano concluye, "al contrario nos sucede" (175). Igual que en el proemio, usa un tema pagano para

enseñar lo que no pasa ni pasará a los cristianos. Aquí, intenta comprobar la dulzura de la leche de María y cómo es aún mejor que el vino que él asocia con la sangre. Según Aristóteles, tales refutaciones son muy importantes porque son por sí mismas argumentos que pueden fortalecer aún más nuestro caso (Cooper 220).

La conclusión de este sermón es breve, pero llena de temas retóricos e impacto emocional. A medida que Espinosa Medrano empieza a concluir, exorta directamente a que sus oyentes actúen al decir: “A coger pues clemencias pupilos de María, al Monte Carmelo [...] A solicitar piedades de esos pechos” (176). Después, utiliza el miedo para persuadir hacia esta acción. Pero antes de analizar el texto, debemos referirnos otra vez a los clásicos que traen algunas ideas interesantes sobre el uso mismo del miedo. Cicerón declara:

Los hombres deciden muchos más problemas por odio, o amor, o lujuria, o ira, o tristeza, o júbilo, o esperanza, o miedo, que por realidad, o autoridad, o cualquier norma legal. El miedo se crea o de los peligros al individuo o de los compartidos por todos: el de origen privado va más profundo, pero el miedo universal también se traza sobre una fuente similar. (239, 245).

y Aristóteles cree;

El miedo puede ser definido como un dolor o preocupación debido a una imagen mental de algún mal destructivo o doloroso en el futuro, y éstos solamente si aparecen no remotos sino tan cerca como si fueran inminentes: tales indicaciones son la enemistad o ira de la gente que tiene poder para hacernos daño. (167)

Entonces, ¿cómo instala Espinosa Medrano este miedo en sus comentarios finales? Primero, después de la “declaración de la misión” de recibir clemencia y piedad de María, plantea una pregunta retórica que menciona un posible error futuro: “¿Pero quién desperdicia la sangre del Hijo, que se le da de malograr la leche de la Madre? (176). Entonces, refuerza esta idea del fracaso al advertir, “si los miserables, que apelamos a ella, erramos con el sagrado [...] (176). La palabra, “si” es clave para establecer esta situación hipotética, pero es también interesante que él se incluya a sí mismo en el verbo, “erramos”, que plantea la idea arriba señalada de Cicerón del “miedo universal compartido por todos” (245).

Luego, da el resultado pendiente: “que nos va a costar caro el caer en manos de un Dios ofendido y poderoso; caro, porque le perdemos para siempre:” (176). Aquí, nombra a Dios como “la persona más poderosa” de Aristóteles que “nos puede hacer daño” (167). Entonces sugiere rápidamente otro posible error: “Engañase quien piensa que le escapará la fe de católico, si las obras le desmienten ateísta” (176). Al echar la semilla de la duda a sus oyentes con esta enumeración de unos posibles problemas, Espinosa Medrano les sacude de su “confianza”, que Aristóteles define como lo contrario del miedo (168).

Después de utilizar el miedo para persuadir, él emplea otro tema útil, la vergüenza. Aquí, Aristóteles explica:

La vergüenza puede definirse como un dolor o disturbio en cuanto a cosas malas, sean presentes, pasadas o futuras, que parecen probables de involucrarnos en el descrédito. Sentimos vergüenza de tales cosas malas cuando las consideramos desgraciadas para nosotros mismos o para los que amamos. (168)

Otra vez Espinosa Medrano advierte: “¡Vergüenza es perdernos tan de balde! (176). De nuevo, se incluye a sí mismo en esta “vergüenza universal” que se comparte por todos con el verbo “perdernos”. El asunto aristotélico de lo inmediato se plantea después cuando Espinosa Medrano declara: “El tiempo se va y el espacio, que se nos da para llorar, lo habemos hecho licencia para delinquir” (176). En cambio el auditorio, en este caso las monjas carmelitas, debe actuar pronto para mantener su puesto especial.

El sermón concluye con una petición final a María en este proyecto, cuando Espinosa Medrano suplica: “¡Oh gran Madre! Sea trofeo de vuestra piedad, conquistar estas rebeldías, despertar estos letargos, rebatir nuestros castigos, solicitarnos gracia, obtenernos gloria, etc. *Ad quam*” (176). La repetición de los verbos para empezar cada cláusula es muy típica del estilo de Paravicino visto a través de la oratoria sagrada de Espinosa Medrano. Es también muy interesante ver el uso sutil del miedo cuando pide que María refute al castigo. Tal castigo todavía no ha llegado, pero al mencionar su estado pendiente, Espinosa Medrano advierte a sus oyentes una vez más del resultado si no obedecen su palabra.

BIBLIOGRAFIA

Alonso, Dámaso

1974 "Predicadores Ensonetados", *Obras completas*, 8 Vols. Madrid: Editorial Gredos.

Aristóteles

1990 *Rhetoric. The Rhetorical Tradition*. Eds. Patricia Bizell and Bruce Herzberg. Boston: Bedford Books of St. Martin's Press, 144-194.

Bizzell, Patricia and Bruce Herzberg

1991 Introducción. *On Christian Doctrine*. De San Agustín. *The Rhetorical Tradition*. Boston: Bedford Books of St. Martin's Press, 367-386.

Centeno Zela, Antonio

1988 *Lo autóctono y lo hispano en Espinosa Medrano, "El Lunarejo"*. Lima: Talleres Gráficos, 1988.

Cicerón

1990 *On the Orator. The Rhetorical Tradition*. Eds. Patricia Bizzell and Bruce Herzberg. Boston: Bedford Books of St. Martin's Press, 195-250..

Cooper, Lane

1932 *The Rhetoric of Aristotle*. New York: D. Appleton-Century Company.

Curtius, E. R.

1955 *Literatura europea y edad media latina I & II*. México: Fondo de Cultura Económico.

Espinosa Medrano, Juan de

1982 "Sermón de Nuestra Señora del Carmen, descubierto el Santísimo Sacramento, en el Monasterio de Descalzas del Cuzco, Año de 1677". *Apologético*. Ed. Augusto Tamayo Vargas. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 161-169.

- Herrero García, Miguel
 1942 Introducción. *Sermonario Clásico*. Madrid-Buenos Aires: Escelicer, S.L.
- Labertit, André
 1970 "Exercices de style et lecture de Góngora au Perou vers 1600". *Tiles X, Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg*, N° 8, pp. 447-58.
- López Santos, Luis
 1946 "La oratoria sagrada en los Seiscientos" *Revista de filología española* 30: 353-68.
- Maravall, José Antonio
 1975 *La cultura del barroco*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Martí, Antonio M.
 1970 "La retórica sacra en el Siglo de Oro". *Hispanic Review* 38:264-298.
- Osario Romero, Ignacio
 1983 "La retórica en Nueva España". *Dispositio* 8:65-86.
- Perelmuter, Rosa
 1991 Conferencia. Universidad de North Carolina. Chapel Hill, 7 de septiembre.
- Quintiliano
 1991 *Institutos. The Rhetorical Tradition*. Eds. Patricia Bizell and Bruce Herzberg. Boston: Bedford Books of St. Martin's Press, 293-363.
- 1991 Rhetorica ad Herennium. *The Rhetorical Tradition*. Eds. Patricia Bizell and Bruce Herzberg. Boston: Bedford Books of St. Martin's Press, 251-292.
- Vargas Ugarte, R. P. Rubén
 1942 *La elocuencia sagrada en el Perú en los siglos XVII y XVIII*. Lima: GIL, S.A. Impresores.